

Viejas postales descoloridas PLAYAS del Golfo por FEDERICO VILLOCH

ENTRE las notables transformaciones que desde hace ocho o diez años a lo sumo, ha experimentado nuestra amada y bella urbe capitalina, no cabe duda que figura en primera línea las llevadas a cabo en las playas de sus alrededores: Marianao, Cojimar, Guanabo, Jaimanitas y otras, hasta hace poco sucesos arenales y rocosos y puntiagudos arrecifes, amenaza del humano pie que sobre ellos se atreviera a dar un solo paso. Nuestros recuerdos nos llevan a aquella «Caleta de San Lázaro», donde se bañaban los caballos de los establos públicos, espectáculo que entretenía a los transeúntes y pillos callejeros de aquellos alrededores. Las pocetas cubiertas de endebles tinglados de los baños Las Delicias,

Romaguera, San Rafael y otros, cuyos techos de zinc al primer soplo de viento huracanado salían aleteando por los aires, etc., etc. Era la época de los coches arrastrapanzas y de los carritos del Vedado, que ya desde la Punta y Cárcel salían tirados por aquellas maquinitas en forma de cajones a las que se les llamaba «Cucarachas». Cierta tarde, a la vuelta de uno de aquellos desafíos históricos entre los clubs Habana y Almendares, una «Cucaracha» se salió de la línea, entre la Batería de Santa Clara—hoy Hotel Nacional—y la Batería de la Reina—hoy monumento a Maceo—y el infeliz maquinista quedó aplastado debajo de ella: al establecerse el tranvía eléctrico, muchas de estas maquinitas se vendieron a varios ingenios y fincas del interior de la isla.

Cuando en 1894 vivíamos en la calle C del Vedado, en los altos de una casa en cuyos bajos vivía también entonces el cajista, nuestro compañero en el periódico «La Unión Constitucional», y hoy regente del DIARIO DE LA MARINA, José E. Ferrer, ese era el trencito que cogíamos en la Línea para venir a La Habana, en compañía del culto periodista doctor Antonio González López, director del citado periódico; de Don Salvador Alamilla, apoderado del rico armador Don Manuel Calvo y su hijo, el que fué después ilustre radiólogo y catedrático, doctor Alamilla, y algunas veces también, del doctor González Lanuza, yerno de Don Salvador, de Manuel María Coronado, que ocupaba su casa propia, estilo americano, en la calle de la Línea y de Don Enrique José Varona, que vivía por aquella época en el Vedado: entonces estaban de moda, y eran los únicos, los «Baños de Miguel»: un pianista incansable tocaba a la entrada valeses y danzones que aprovechaban los bañistas jóvenes para bailar durante las esperas. Aún no era el Ve-

dado, ni con mucho, la segunda Habana que es al presente: la llamada «Loma» era una verdadera estancia, detrás de la Iglesia, de siembra y de ganado; pero muy poética en su solitaria rusticidad, con su gran casona de vivienda—todavía existe—en la cúspide, a la que íbamos con nuestra familia algunas tardes a visitar al doctor Gabriel de Castro Palomino, que vivía en ella, y era entonces director de la Escuela de Agricultura que sostenía a sus expensas en la Ciénaga el Conde Ibañez.

Entonces era el Vedado «punto de temporada», y las familias salían por las tardes a coger fresco paseando por los descampados o las orillas del mar: minutos después de la una de la madrugada, venía la última «cucaracha» con la gente que había ido a La Habana a los teatros; y soledad y silencio, a ratos interrumpidos por el alegre cantar de los parrandistas que, en los coches -Tin-tan, zunchos de goma, que empezaban a usarse, venían de cenar un arroz con pollo en «Casa de Arana», en La Chorrera.

Con el Malecón desaparecieron los baños, y con éstos, la alegre «Verbena de San Juan», que era uno de los encantos de la barriada en la temporada veraniega. Las Juanitas y los Juanes de San Lázaro celebraban en sus casas opíparos almuerzos y comidas, en los que eran reyes del mantel los sabrosos y succulentos pargos sanjuaneros, pescados allí a la vera, en las corrientes del Golfo, casi siempre regalos de los amigos; y por las noches, al son del piano o de alguna orquesta francesa—piano, violín y flauta—venga bailar las muchachas cadenciosos danzones; y charlar—y chismear—sin cansarse, la gente vieja: entre tanto, Perico Mascavidrio, el clásico borrachín callejero que Mellado popularizó con su lindo sainete de los bufos de Salas, y que éste interpretaba con sumo arte, daba sus escándalos en la bodega de la esquina; «dejándolo hacer» el guardia desteñido, porque como éste decía, transigiendo con las «prevaricaciones» sin importancia:

—Una noche es una noche, caballería; y ésta de San Juan es la noche de todo el barrio.

Cañita, el popular guarapeta creado por Regino López en «La Casita Criolla», es hijo legítimo de Perico y Juana Veinticuatro.

La Playa de Marianao empezó a adquirir animación y vida próspera desde que se prolongó la línea de Concha, en los Quemados, hasta ella aumentó su desarrollo, con la carretera construida por

los americanos de la primera intervención, desde Colón, en el gobierno del general Wood; y culminó, al fin, su desenvolvimiento total, con la prolongación de la línea del tranvía eléctrico, dando esto motivo al crecimiento y desarrollo de una «tercera Habana», verdaderamente maravillosa, en la que algunos edificios particulares, por su tamaño y buen gusto arquitectónico, sobre todo en la Quinta Avenida, pueden competir con no pocos suntuosos pabellones de Versalles. Tranvías, omnibus y automóviles van y vienen por esta Avenida en número infinito día y noche; así que hay que concederle el auge y progreso de estas playas del Golfo, en primer término a la gasolina—¡alma Gasolina, Madre del Mundo!—y rogar por ella, porque si desgraciadamente desapareciese, otra vez la playita de Marianao, la vieja glorieta sobre pilotes, el siniestro descampado de la Osa...

No hace mucho estos sitios de solaz y esparcimiento eran conocidos por la «Finca de la Osa», donde a cada rato aparecía un cadáver abandonado en medio del mayor y más dramático misterio, que los reporters de la prensa de información de entonces, Varela Zequeira, Caballero, Camilo Pérez, Iduarte, Guillermo Herrera, Rafael Conte, etc., etc., se encargaban de describirnos y pintarnos con los más truculentos detalles y los colores más tétricos: las auras tífosas eran las descubridoras más seguras de aquellos crímenes. En cuanto se veía una bandada de ellas volando sobre un lugar determinado, allí se encontraba la víctima: como sucedió con el célebre «crimen de Ofelia Laza»

rodeado de misterio al principio, aunque después llegó a conocerse en todos sus detalles, si bien las circunstancias se valieron para que continuase rodeado de aquel misterio: de existir entonces el radio, los Montepín de la onda hubieran tenido tema sobrado para lucirse.

El trencito de «Concha», cuya empresa administró durante mucho tiempo el inolvidable y culto caballero Mr. Roberto Orr, luego administrador de los Ferrocarriles Unidos, era el que nos llevaba los domingos y días de fiesta a la antigua playa de Marianao, donde ya entonces se levantaba el primer elegante edificio del Yacht Club, de tabloncillos perfectamente machimbrados, y frente a él, la modestísima «Glorieta de Marianao», de madera, descansando sobre pilotes y bajo un techado de tejas españolas. En ella acostumbraban a celebrar sus «fiestas de graduación», sobre todo la del Bachillerato, los estudiantes del entonces único Instituto de La Habana, nosotros entre ellos, con Balbino González, Alfredo Belt, Juanillo Montalvo, etc.; y se llevaban a cabo aquellas históricas «Matinées de la Playa», que las abuelitas de hoy recordarán con tanto gusto, y cuyos nombres publicaban después en sus folletines dominicales José Fornaris, en «El Triunfo»; Raúl

«El Figaro», y Salvador Domínguez, en el DIARIO DE LA MARINA: hoy, algunas de ellas, nos miran sonrientes cuando nos encontramos al azar en las terrazas del Club Náutico, o en otros; y acaso recuerden que en aquella glorieta de juguete fuimos su pareja, en algún danzón de Félix Cruz, Raimundo Valenzuela, etc., tan distintas, ¡ay!, sus cadencias, de estos alaridos modernos del jazz, la conga, etc., que no son para nuestros tímpanos delicados de ayer...

Pero aparte fantasías, y la veneración respetable que se merece el tiempo viejo, aquello está hoy, como se dice, súper, y es un encanto ir a pasar en cualquiera de estos clubs que festonan la playa actual de Marianao, las calurosas tardes del verano. El «Club Náutico», que dirigen y administran los señores Federico Roche, Carlos Fernández, Ceferino y Eliseo González, Raúl Pifeiro y otros, se halla situado en los propios terrenos que antes ocupaba la Estación Terminal del Ramal de Marianao, de los Ferrocarriles Unidos, cuya administración se los ha cedido en arrendamiento a dichos señores, algunos de ellos antiguos empleados de la misma, por el plazo de treinta años.

El pueblo de Marianao fué siempre lugar aristocrático de señores, y recordamos las familias de Durañona, Zayas, Maragliano, Tarafa, Xiquel, Bachiller y Morales, Echevarría, Carlos Ruiz, rico pifeiro de aquella época; Chaple, Lavín, el doctor Silverio y otros que no precisamos en el momento; pero la playa no pasó nunca de un modesto y nada limpio arenal en el que se levantaban algunas modestas casitas de tablas, ocupadas por los escasos veraneantes que allí acudían en la temporada, a pasar, era la verdad, más que placer y satisfacciones, molestias y contrariedades sin cuento. Pero había que ir a alguna parte, si no se podía figurar entre los elegantes temporadistas de Saratoga, Long Island y otros balnearios americanos de fama en aquel entonces, o contentarse con las escenas de playa que nos ofrecían las obritas del género chico que se daban en Albisu, «Al Agua, Patos», «San Juan de Luz» y otras, y ver a la Rusqueilla, a la Laval, o la Pastor, en ligeros trajes de baño.

Hay en esas playas modernas de Marianao verdaderos palacios encantados donde escoger: el «Casino Deportivo», «Club Miramar», las «Hijas de Galicia», el «Club Militar», el «Casino Español»—se dice que el «Centro Asturiano» planea el suyo—; el «Yacht Club» y el «Club Náutico», todos elegantes y palpitando de alegre risa. Aparte estas playas, existen en aquel litoral muchas ricas mansiones que tienen sus piscinas particulares, entre ellas, la muy elegante y confortable de los esposos Echevarría—María Teresa Aranda—que posee dos de las mayores, verdaderos paraísos acuáticos frente a las brisas del Golfo. En las tiendas de La Habana no se ven más que gentes comprando trajes de baño—es un furor de veraneo lo que domina—esas elegantes y recortadas trusas, tan distintas de aquellos sayones que

3

escondían la beldad femenina, de la cabeza a los pies, semejándola a un saco de papas; esas ligeras flotantes capas que las niñas esculturales del día, entusiastas de la natación, manejan con tanta gracia y destreza, como los toreros jacarandosos sus áureos capotes de paseo. Hoy da gusto verlas, con una sencilla trusa, lanzándose desde lo alto de un trampolín y dando tres y cuatro vueltas en el aire antes de caer en el agua. Los hombres iban vestidos de marineros; y hoy van de slack... Hay también la famosa Playa Azul, de Varadero; pero ya eso supone ir de temporada a Ostende, San Sebastián, Biarritz, por lo molesto y peligroso, sobre todo, que resulta trasladarse hasta tan lejos: si Varadero estuviese ahí, en la Playa del Chivo, ya podían los habaneros reírse de Biarritz, San Sebastián, Ostende y las mejores playas del mundo. Durante el gobierno de Laredo Bru se ideó construir una carretera que enlazara las playas de Cojimar, Guanabo, Tarará, Playa Hermosa, etc., hasta Varadero; pero aún no habíamos entablado relaciones amorosas con el Exporting Bank, y por

falta de dinero se desistió de tan interesante propósito; probablemente en los planes para la inversión de los veinticinco millones, que al fin ha acordado otorgarnos dicho Banco, entre ahora el proyecto; y veremos enlazadas en vistosa cadena estas pintorescas playas del Golfo. ¿Qué país puede presentar un panorama semejante?

Imaginémonos por un momento que se ha llevado a cabo la «Carretera de Laredo Bru»—que así debe llamarse, porque él fué quien la proyectó en los comienzos de su gobierno, tan pródigo en buenas intenciones—aquello sería la ruta magna del turismo; en minutos nos trasladaríamos de la capital a la más remota de esas playas del Golfo; el trayecto todo sería una «Playa Unica»; y los avisados, que siempre se adelantan a los beneficios de estas mejoras, comprando a tiempo tierras y fincas aledañas a la nueva ruta, habrán realizado un fantástico negocio: serán los primeros «en bañarse», como se dice. Mientras se realiza este cambio de decoración, que nos sea suficiente lo que tenemos a mano; y regocijémonos el espíritu con el recuerdo.

Los guardamos muy gratos de los primitivos «Baños de Miguel», en el Vedado, que ya citamos; los de Carneado, las Playas, y también de los de «Portela», en Cojimar, para llegar a los cuales se iba desde Guanabacoa en unas guaguas de mulas, cuyo trayecto resultaba una excursión llena de pintorescos detalles: para subir la loma de aquella calzada, corrientemente en mal estado, a veces tenían que apearse los pasajeros para aligerar el peso, y también, en ocasiones, empujar el destartalado vehículo para ayudar a los caballos; los excursionistas teníamos treinta y pico años menos y esas peripecias entraban en la alegría del viaje. A la vuelta veníamos por el camino comprando pescado fresco, sardinas, pargos, agujas, serruchos, que en aquella costa se dan exquisitos; y en la época de los mangos, los de la «Quinta de Tariche».

que son verdaderamente deliciosos. Desde luego que continúan los serruchos y los mangos; pero de los «Baños de Portela», gracias que quede el recuerdo en algunas almas agradecidas. Viendo las radicales transformaciones y mejoras que han experimentado estas playas del Golfo—Jaimanitas, Santa Fe, Baracoa, Mariano, Marbella, Tarará, con sus poéticos caseríos de chozas de palmas, y de donde se trae la arena para las fábricas capitalinas; Cojimar, Playa Hermosa, y la misma del Varadero, de Cárdenas, que conocimos ha medio siglo con algunas humildes chozas de pescadores de cangrejos, se siente uno inclinado a cantar con el tenor de «Marina»:

Bellas Playas del Golfo,
pobres playas de ayer,
los ojos que os vieron
no os pueden creer.

Del junio 21/42